

Círculo Rojo

Orígenes y genealogía del cante flamenco

ORÍGENES Y GENEALOGÍA DEL CANTE FLAMENCO



Augusto Aldana Mora



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2021

Depósito legal: AL 3003-2021

ISBN: 978-84-1115-003-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Augusto Aldana Mora
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Dedicado con todo mi afecto y respeto a la atención
de payos, gitanos y andalucistas.

INTRODUCCIÓN

Hablar del cante flamenco, profundizar en este mundo sugestivo y misterioso, es sumamente difícil y complicado, por cuanto el cante flamenco, en sus orígenes, se nos presenta envuelto en la más espesa de las nebulosas debido a los lugares y formas en que se vino a desarrollar, y a la poca atención y dedicación que a esta manifestación sociocultural vinieron a prestarle en sus inicios, y durante bastantes años después, digamos, «la sociedad culta de la época», por considerarlo como cosa de gente baja, a la vez que propia de tabernas y borrachos.

Esto lleva a que todo buen flamencólogo, estudioso, aficionado o como a bien queramos llamarles, al hablar del cante flamenco y tratar de despejar estas lagunas o incógnitas mencionadas, lo haga basándose en unas hipótesis producto de unas vivencias y estudios más o menos acertados, con los que no quiere decir que se venga a presentar su tan buscada y discutida verdad prehistórica, e inclusive histórica, pero sí que con ellos se ayude a reconstruirla, o al menos a que cada cual se vaya formando o adquiriendo un conocimiento más extenso del tema «flamenco».

FLAMENCO I

«Queréis conocer la historia de un pueblo?
Ved sus romances.
¿Aspiráis a saber de lo que es capaz?
Estudiad sus cantares».
(Antonio Machado y Álvarez)

«Los creadores de lo flamenco debieron de ser hombres errantes, inspirados por una idea cultural o estilo fundamental, cortados en sus movimientos, y temerosos de un poder extraño que tenían que estar profundamente tristes, y desesperados en ocasiones, como lo demuestran las protestas líricas que arrebatan las coplas».
(Blas Infante)

Peregrino en un mundo de tinieblas sin más compañero en su aciago caminar que el único cuya presencia por la ley de Dios es ineluctable: el ritmo, como podemos apreciar en el «cante antiguo», el cante flamenco; cante intrínseco y temperamental que, como un fuego sagrado en el ejercicio de un ritmo milenario, brota de forma espontánea a impulsos de su propia naturaleza y no al expreso deseo de nadie; del que, de modo esporádico, alcanzamos a tomar unas referencias, no todo lo claras y precisas que sería de desear, hacia la segunda mitad del siglo XVIII, con la

figura legendaria del tío Luís, el de la Juliana; y a caballo entre los siglos XVII y XIX con la de Cristóbal Palmero Tobalo. Comienza a hacerse notar fuera del ambiente restringido de cavas y serranías en el que en sus orígenes se ha venido desarrollando, y entra en una fase histórica, aunque todavía primitiva, con las figuras legendarias de El Planeta, Frasco el Colorao y Fillo, en la Baja Andalucía, Sevilla-Cádiz, hacia la primera mitad del siglo XIX, ya que a partir de aquí se puede seguir con cierto rigor la trayectoria de este arte inmortal, en ese pozo negro y de ecos estremecedores que compone el mundo gitano o de los gitanos.

Y principalmente en Triana, primer centro cantaor por aquellos años de Andalucía y cuna en el decir del «cante jondo», o al menos fuente de la que nos llegan los más antiguos estilos que en nuestros días llegamos a conocer de estos místicos cantes de siguiriyas y soleá —o soleares—, con el también místico cante de las tonás, que, cuando se cantan, como decía Manolito el de María, «se cantan porque se acuerda uno de lo que ha *vivío*», y que, cuando se cantan «a gusto», como decía tía Anica la Piriñaca, «sabe la boca a sangre», ya que, como señalaban los geniales Manuel Torre y Agustín Talega, «vienen de la pena, y *er* cante, cuando es cante *güeno*, araña, duele».

Y en un segundo término, aunque no menos importante en el cómputo general del cante flamenco, Jerez de la Frontera. «Cádiz ha sido la provincia de España donde ha habido mayor aptitud y disposiciones más felices para el cultivo del flamenco y Jerez, la ciudad que ha dado la mayor cantidad de cantaores flamencos» (Demófilo). Con sus célebres barrios de Santiago y San Miguel, cuna de un estilo de cante por siguiriyas y bulerías, que, por su fuerte personalidad, le han hecho distinguirse en el ámbito general de estos cantes. Cádiz, salada claridad, como la definiera Manuel Machado, con sus barrios de Santa María, de la Viña y el Matadero Viejo, enclave popular de indiscutible solera y

transcendencia flamenca. Los Puertos, el de Santa María y Puerto Real, Chiclana, Sanlúcar de Barrameda y la isla de San Fernando.

Y algunos pueblos de la provincia de Sevilla, entre ellos, Alcalá de Guadaira, Utrera…

Caminito de Alcalá,
va Joaquín el de la Paula,
cantando por soleá.
Cuando murió la Serneta,
la escuela quedó cerrá,
porque se llevó las llaves
del cante por soleá.

Y Lebrija, la tierra de Diego el Lebrijano, del Pinini, del Chozas y de Juaniquí, que era más de las Cabezas de San Juan que de Lebrija. «Bueno, no se sabe *mu* bien si era de Lebrija o de las Cabezas» (Fernanda de Utrera).

Aquel soleaero, gitano complaciente, gracioso e ingenuo, que nunca negó a nadie el placer de oírle cantar en su choza, lugar de peregrinación para los buenos aficionados de la comarca, donde vivió durante muchos años en una especie de poblado campero entre El Cuervo y Lebrija; y que tanto vino a influir con su cante por soleares no solo en Utrera y su término municipal, sino en las comarcas de Alcalá, Morón, Jerez, Coria y Lebrija.

Jerez tiene la peineta,
y con Cádiz la mantilla,
y Triana con Sevilla,
la cátedra más flamenca.

Centros de los que, al irradiarse y darse a conocer en sus distintas modalidades el cante flamenco —al igual que estos otros cantes primitivos de orígenes serranos, como son los cantes de

caña, de polo y de soleá *apolá*—, a todo lo largo y ancho de Andalucía y parte de la vecina Murcia, en esa época llamada de Edad de Oro del cante flamenco, cuyo mayor auge vino a alcanzar hacia la segunda mitad del siglo XIX, dio lugar la aparición de unos cantes de orígenes folclóricos andaluces, como son los de tangos, cantiñas, fandangos, etc., y foráneos, como los procedentes del folclore galaico-asturiense, la farruca y el garrotín; y los llamados de ida y vuelta, de orígenes sudamericanos, como las guajiras, milongas, vidalitas, colombianas y rumbas, que por su alcanzada y reconocida personalidad y calidad flamenca han pasado, y con igual legitimidad que los primeramente mencionados, a formar parte del cante grande de Andalucía. Puesto que, como expresó Blas Infante en su libro *Orígenes de lo flamenco y secreto del cante jondo*, a resultados de una conversación mantenida con El Pajarito, híbrido de Isla Cristina, hijo de madre gitana y padre payo, «lo flamenco, antes que un traje y un cante, es un espíritu, es una *grasia*. Y, para que las cosas sean flamencas, tienen que ser la *jechura* viva de aquel espíritu o de esta *grasia*». Y tanto unos como otros de estos cantes, bien sean cortos o largos, jondos, festeros o almimbrados, cuando se cantan por derecho, lo son.

> Los cafés cantares representan el lugar en el que el cante tras una primera época de exhibición restringida, aparece ante el público numeroso. En ellos pues, el cante deja de ser un arte minoritario para alcanzar difusión y arraigos populares.
>
> Julián Pemartín.

A la aparición, y volvemos al nacer del cante flamenco, en Triana de este cante de seguiriyas del Planeta, de Frasco el Colorao Caganchos, Fillo, Nitri, y de Silvero, chamático, fuerte y desolador, plañidero, que excepto la del Planeta —según Antonio Mairena—, todos comienzan con un *quejío* lastimero en las que podemos apreciar en su aire desolador, así como en su música,

ritmo, compás y métrica, las influencias de un cante de toná y de un cante de compás que, como las tonás eran anterior a ellas, y se conociesen y cantaran en Triana en aquellos años en los que las seguiriyas aparecen en la cava trianera. ¿La caña? ¿El polo?, cantes que ya sabemos que se cantaban junto con las tonás en la época de tío Luís el de la Juliana, aunque hay otros cantes o cante que nos pueda servir de base. ¿La policaña?, cante del que no tenemos más noticias ni referencias literarias que las que su nombre indica: combinación de polo y caña. Me inclino por la caña, aparte de por otras razones que más adelante expondré, porque la considero un cante menos retador, duro y bravío que el polo, y más melancólico, lírico, majestuoso y ceremonial.

Y en Jerez de la Frontera, a la de Manuel Molina, cantaor también llamado «el señor Curro Molina», del que escribe G. Núñez del Prado: «Astro de primera magnitud en las esferas de la siguiriya»; y Ricardo Molina: «El señor Manuel Molina fue uno de los grandes maestros del cante jerezano… Como Enrique el Mellizo, estuvo dotado de poderosa inventiva musical y de consumado arte para la siguiriya».

En Cádiz, a la de Curro Durse, compositor de amplio repertorio que fue, junto con Enrique el Mellizo y Silverio, uno de los cantaores más admirados por Chacón.

Y en los Puertos de Sanlúcar y Barrameda, a la de Perico Frascola, creador de los estilos de siguiriyas, una de cambio, a las que se pueden considerar reliquias de esta distinguida zona cantaora.

Hecho que no es de extrañar, ya que si bien el Fillo, cantaor nacido en Puerto Real y formado en Triana, creador de una escuela cantaora y de las siguiriyas llamadas «cabales», sacó a los cantes trianeros de la oscura esfera donde se mantenían y los esparció por los pueblos de la provincia de Sevilla en ventas, tabernas y en fiestas particulares, a las que lo solían llamar para amenizarlas; frasco el Colorao antes lo había hecho por Jerez, Cádiz y otros pueblos de la provincia gaditana.

Y en relación a la siguiriya del Planeta, estilo que llegamos a conocer a través de Antonio Mairena, mantengo mis reservas porque, comparándola con su coetáneo Frasco el Colorao, con las de su amigo y discípulo el Fillo, las de los Caganchos y las del Nitri y Silverio, cantaores todos estos de la escuela trianera, llego a creer que esta siguiriya es una versión o estilo de cante que Mairena, basándose en un estilo de siguiriya que Pepe Torre grabó y a la que sin más denomina o califica de «primitiva», recreó casi con su misma letra y se la adjudicó al Planeta, buscando dar un «golpe de efecto», como intentó hacer en su pedestal de «patriarca gitano» con este estilo de romance de soleá por bulerías, en el que, como dice Agustín Gómez, «se repiten hasta la saciedad los mismos elementos melódicos a lo largo de retahílas interminables de versos, pretendiendo con ello continuar la tradición gitana… Tan diferentes a los que describe el Solitario en sus *Escenas andaluzas*, melódicos y tristísimos, que comienzan con un prolongado suspiro, y bellos hasta llegar al encanto».

Y a los que no hace muchos años descubrimos en el cantar de unos viejos del Puerto de Santa María, que como verdaderas reliquias han sabido conservar como herencia de sus mayores. Que en su contexto vienen a ser semejantes a los que nos reseña el Solitario (Blas Vega).

Ese toque de guitarra solamente para darle entrada al cante y ese zapateado o toque de «nudillos», llevándole el compás al cante durante su ejecución. En aquella época, y en Triana. Sí, muy arcaico, muy rancio, muy bello, no sé, pero que no termina de camelarme porque lo encuentro muy sofisticado y fuera de lugar.

Y, además, porque del Planeta, cantaor nacido en Cádiz, como lo catalogaba en su obra *Cantes flamencos* Machado y Álvarez, tan solo sabemos el apodo con que era conocido este personaje de leyenda y lo que de él escribió en sus celebradas